Manoscritto MS. 239

Antonio Ardeil, *Quadros evangelicos* (XX sec.)

Lingua: spagnolo.

Cartaceo – 280 x 215.

965 pagine numerate + alcune non numerate.

Campo scrittorio 226 x 205; 29 righe.

Scrittura in inchiostro nero – bruno, senza decorazioni.

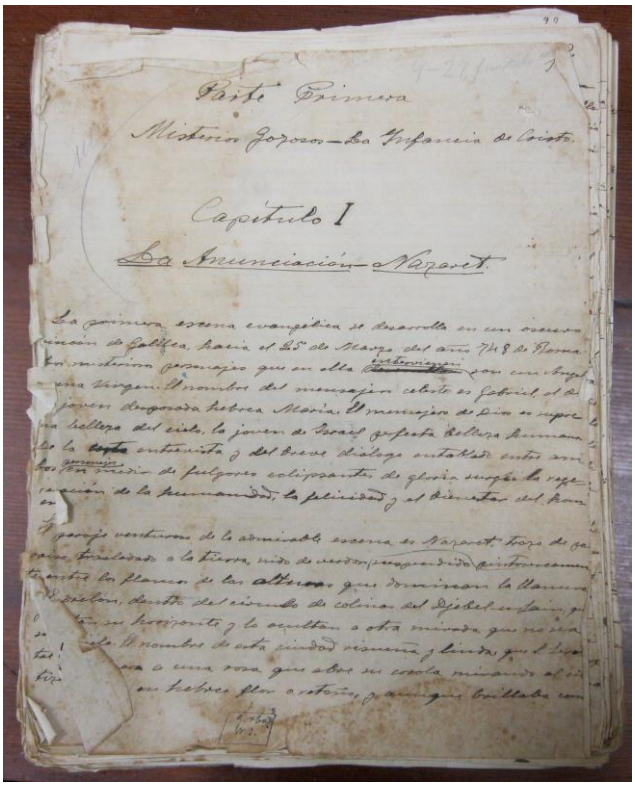
Contenuto:

“Quadros evangelicos”.

Fogli sparsi, legatura assente.

Manoscritto conservato in involto cartaceo legato con fettuccia in tessuto.

Condizioni di conservazione abbastanza buone, le pagine sono molto consunte sui bordi.

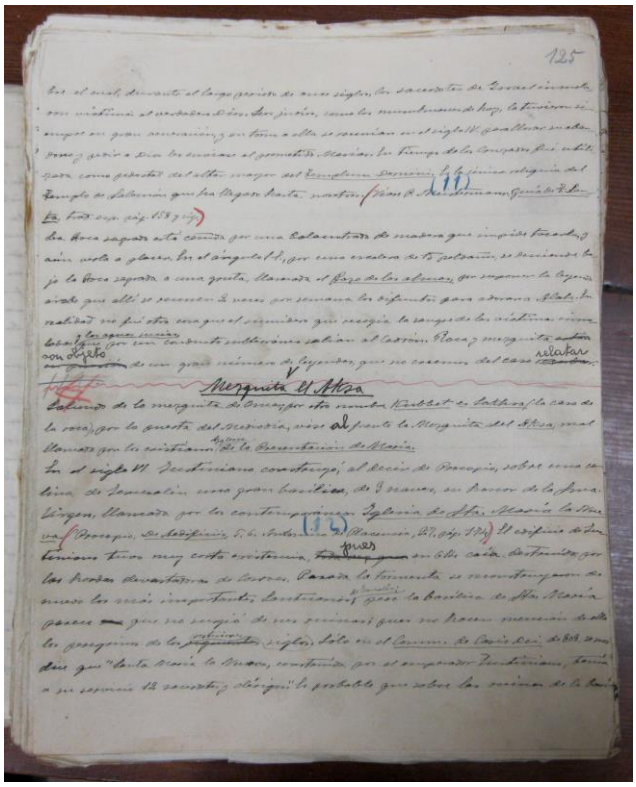


Parte Primera

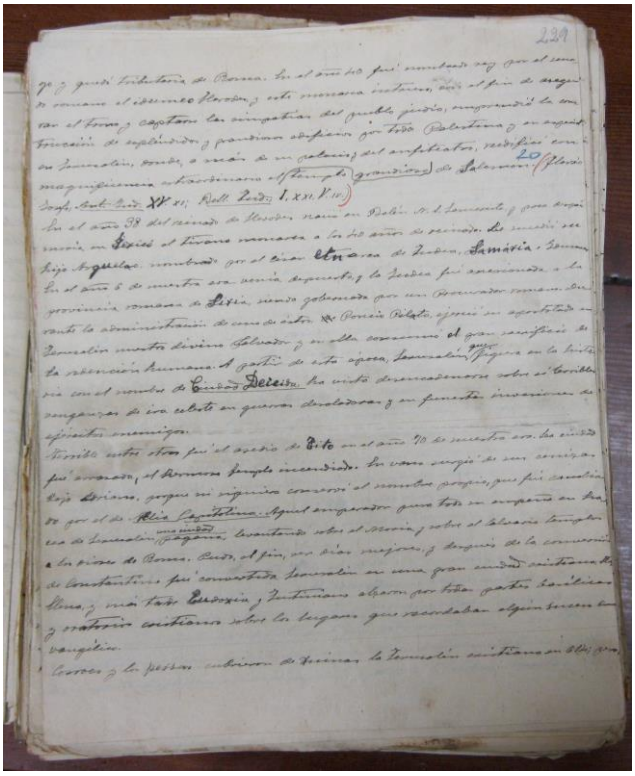
Misterios Gozosos — La Infancia de Cristo.

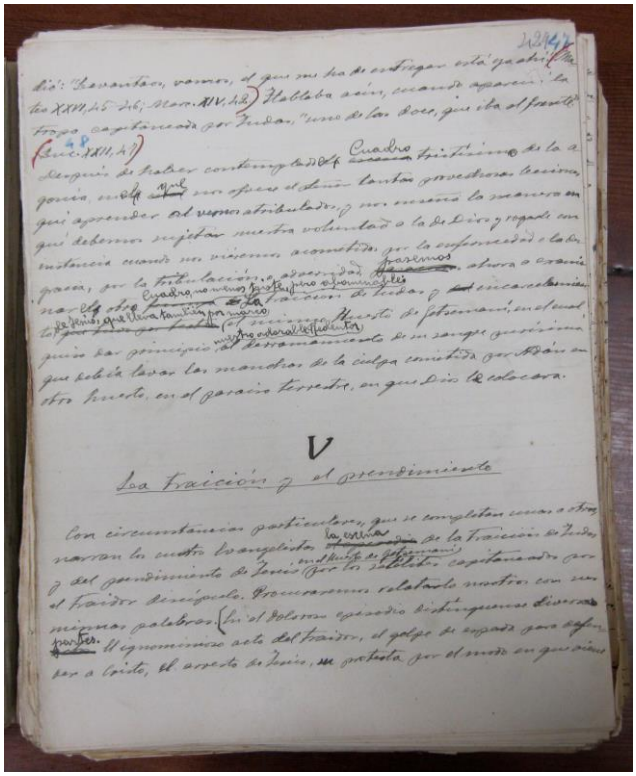
Capitulo I

La Anunciación a Nazaret.



125





go y quedó tributaria de Roma. En el año 40 fué nombrado rey por el sena-
do romano el idumeo Herodes, y este monarca intrínseco, con el fin de asegu-
rar el trono y captarse las simpatías del pueblo judío, emprendió la cons-
trucción de espléndidos y grandiosos edificios por toda Palestina y en especial
en Jerusalén, donde, a más de su palacio y del anfiteatro, reedificó con
magnificencia extraordinaria el templo grandioso de Salomón. (Flavio
Josefo, Ant. Jud. XV 11; Bell. Judo. I, XXI, V. 10.)
En el año 38 del reinado de Herodes nació en Belén N. S. Jesucristo, y poco después
murió en Jericó el tirano monarca a los 40 años de reinado. Le sucedió su
hijo Arquelao, nombrado por el César etnarca de Judea, Samaria e Idumea.
En el año 6 de nuestra era venía depuesto, y la Judea fué anexionada a la
provincia romana de Siria, siendo gobernada por un Procurador romano. Dic-
rante la administración de uno de éstos, Poncio Pilato, ejerció su apostolado en
Jerusalén nuestro divino Salvador y en ella consumó el gran sacrificio de
la redención humana. A partir de esta época, Jerusalén, que figura en la histo-
ria con el nombre de Ciudad Deicida, ha visto desencadenarse sobre él terribles
venganzas de ira celeste en guerras desoladoras y en funestas invasiones de
ejércitos enemigos.
Terrible entre otras fué el asedio de Tito en el año 70 de nuestra era. La ciudad
fué arrasada, el hermoso templo incendiado. En vano surgió de sus cenizas
dejo Adriano, porque su siguiente conservó el nombre propio, que fué cambia-
do por el de Alia Capitolina. Aquel emperador puso todo su empeño en Ha-
cea de Jerusalén una ciudad pagana, levantando sobre el Moria y sobre el Calvario templos
a los dioses de Roma. Pudo, al fin, ser días mejores, y después de la conversión
de Constantino fué convertida Jerusalén en una gran ciudad cristiana. Hi-
lleno, y más tarde Eudoxia y Justiniano alzaron por todas partes basílicas
y oratorios cristianos sobre los lugares que recordaban algún suceso de
evangelio.
Cosacos y los persas cubrieron de ruinas la Jerusalén cristiana en 614; pero,

dió: "Levantaos, vamos, el que me ha de entregar está ya ahí" (Ma-
teo XXVI, 45-46; Marc. XIV, 42.) Hablaba aún, cuando apareció la
tropa capitaneada por Judas, "uno de los doce, que iba al frente".
(Luc. XXII, 47)
Después de haber contemplado el Cuadro tristísimo de la a-
gonía, en el que nos ofrece el Señor tantas provechosas lecciones
que aprender al vernos atribulados, y nos enseña la manera en
que debemos sujetar nuestra voluntad a la de Dios y regarle con
sistencia cuando nos viéramos acometidos por la enfermedad o la des-
gracia, por la tribulación o adversidad, pasemos ahora a exami-
nar el otro Cuadro, no menos triste, pero abominable, de la traición de Judas y de incarcelamien-
to de Jesús, que lleva también por marco el mismo Huerto de Getsemaní, en el cual
quiso dar principio, nuestro adorable Redentor, al derramamiento de su sangre purísima
que debía lavar las manchas de la culpa cometida por Adán en
otro huerto, en el paraíso terrestre, en que Dios le colocara.

V

La traición y el prendimiento

Con circunstancias particulares, que se completan unas a otras,
narran los cuatro Evangelistas la escena de la traición de Judas
y del prendimiento de Jesús en el Huerto de Getsemaní por los satélites capitaneados por
el traidor discípulo. Procuraremos relatarlo nosotros con sus
mismas palabras. (En el doloroso episodio distinguimos diversas
partes. El ignominioso acto del traidor, el golpe de espada para defen-
der a Cristo, el arresto de Jesús, su protesta por el modo en que viene